

Santos Domínguez

Las sílabas del tiempo



NAUSICAÄ
Colección *La rosa profunda*

XXII
PREMIO
POESÍA

BARCAROLA

LAS SÍLABAS DEL TIEMPO

SANTOS DOMÍNGUEZ

Premio Internacional de Poesía Barcarola

*El mañana y el mañana y el mañana avanzan en
pequeños pasos, de día en día, hasta la última sílaba
con que el tiempo se escribe.*

(Shakespeare. *Macbeth*)

ESCRIBIR POR LA TARDE

En calma, frente a frente, el ancho río y el hombre.

(Wang Weu/ Octavio Paz)

La tarde, una ventana, el mundo y quien lo mira
detrás de la ventana.
Alguien que está escribiendo
a la luz de la tarde, bajo el cuarto creciente
de la luna en la isla.

El lugar del naufragio, la deriva del mundo
en la sombra acuciante de todo lo que arde.

Entre el mundo y nosotros hay siempre una ventana,
un nombre, alguna historia, heridas y otras tardes,
un volcán o una playa con sueño y con naufragios.

Y esta luz ya tan corta, esta luz que ahora viene
de fuera y va subiendo
del suelo y va trepando
por la ventana igual que trepan los recuerdos
y que luego, en la hora vacía de la sombra,
saldrá de la memoria de quien está escribiendo
tal vez para encender una llama pequeña
que no ilumina el mundo, pero contiene el día
con sus tercios distritos corporales,
sus insistentes perros;
con su lenta cadencia amortiguada
por los cambios de luz,
por el cambio del mundo y del que mira el mundo
como una conjetura detrás de la ventana.

Porque ahí persiste el día
y todo lo que ha ardido.

Y ahora fundan la noche las notas de un oboe.

CEMENTERIO ALEMÁN (YUSTE)

1945

In balance with this life, this death.
(W. B. Yeats)

Ahí las tenéis, miradlas: son las arteras armas de la noche,
apacientan la anchura de la nieve
y el cristal apagado de una campana fría.

Son los trenes que silban –tan negros- por el sueño,
y es el olor violento del barro y su horizonte
helado en el que cantan las bocas de los muertos
sus canciones de escarcha que hieren los oídos.

Son, mirad, estos hombres, hundidos o tocados
en un juego siniestro de naves por la sangre,
de aviones incendiados en el fondo de un bosque
cuando flotan las luces tras la niebla,
cuando pisan su sombra y la sombra les muerde
con sus dientes de hielo, con sus desolaciones.

2005

The years to come seemed waste of breath.

(W. B. Yeats)

De seis en fondo ahora, la formación de cruces
insiste en recordar al caminante
la estirpe de estas muertes militares,
la raíz malograda que se pudrió en sus tumbas.

Cae el hielo de la tarde como antes vuestros cuerpos,
como cayó la tierra sobre vuestras canciones,
como han ido cayendo las hojas de estos robles
hasta dejar ausente su esqueleto de acero.

Con la anónima nieve de la muerte,
sobre vuestra tristeza ha crecido la hierba
y esa hierba persiste verdemente
en el sueño invertido de vuestro escalofrío,
en vuestro duro nombre de muertos extranjeros
y en el sepiá asombrado de vuestra adolescencia.

Habíais dejado apenas el mundo de los juegos
para seguir jugando con torpe ardor de guerra.
Para acabar así, convertida ya en mueca
la risa irresponsable que se heló entre las nubes
o devolvió desnuda la crueldad del océano.
Para acabar aquí,
lejos de vuestra casa y de sus sombras íntimas.
Aquí, donde conviven la pena y la vergüenza
y la costumbre junta el horror y el silencio
en el último espasmo que heló vuestra mirada
azul y extraña y fría, vuestra última sorpresa
al contemplar de pronto la muerte cara a cara,
tan extraña como estos olivos contra el cielo.

Y ahora estáis en la muerte y seguís sin saberlo.
Lo sabe el caminante cabizbajo
que mira conmovido vuestras tumbas
y contempla el sendero que él también cruzará
otra tarde de hielo, sin hierba, pensativo.

En un rincón del tiempo se acumulan las zarzas
que acabarán ardiendo en una hoguera fría
con los huesos más tristes de la historia.

Y la tierra os ha dado no tan solo reposo:
os da una dignidad que en vida no tuvisteis,
la dignidad del muerto en un bosque extranjero.
Porque para la muerte todo suelo es extraño
y un hombre es extranjero en cualquier cementerio
que visiten sus ojos pensativos.
Un hombre es extranjero en cualquier cementerio en que repose.

DESPUÉS DE LAS BATALLAS

*Así tiembla en lo oscuro el extranjero
(Georg Trakl)*

La luz que ordena el mundo después de las batallas
nace en los manantiales,
viene al jardín del sueño, al fondo de la casa,
de un íntimo universo.

De las hierbas amargas que bordean el camino
y asedian la penumbra silenciosa
del interior del bosque con la voz encendida
de los cuentos de invierno, donde la luz se enfría
sobre el rito mecánico de un animal doméstico
que hiere de misterio con sus ojos azules.

Un caballo de sombras
sube desde la alberca de un tiempo de cristal,
del goteo de las horas
sobre la fragua negra de la noche.

Sube desde la alberca
y va a la transparencia del aire y la campana,
al valle en donde crecen
los árboles sagrados que limitan el bosque.

Se para en la frontera del barro y de las sílabas,
en la raíz del mapa que traza la memoria
con luna y con arena.

Y al borde de la copa donde giran los astros
con su preciso ritmo esférico y sus números,
como el ángel barroco de la niebla
cruzaré la llanura, la sembraré de plata,
de hierba y de palabras que dirán la materia
oscura que ahora somos.

Bajo la noche cóncava respirará la angustia
con pulsación secreta, con ritmo de oleaje.
Ceniza o confusiones que trae la luz de enero
después de las batallas.

Y respira en silencio un pájaro de nieve.

HIJO DE ANQUISES

*Anquises recibe con alegría la visita de su hijo
(Virgilio. Eneida VI, 687)*

Hijo triste de Anquises,
tú que te preguntabas,
ante los altos muros de la ausencia
que proyectan su sombra vacía por los bosques,
en qué deshabitada habitación de niebla
se ampara su presencia o su memoria.

Si volvieras a verlo, si después de cruzar
el desierto de Libia y sus noches de escarcha
pudieras rescatarlo
del reino de tinieblas donde muere...

Si torpemente hundieras tu mirada,
tus metódicos ojos que fundaron ciudades
sobre sus ojos ciegos y sus cuencas vacías,
verías sólo una sombra.

No esperes ya su peso
dulce sobre tus hombros después de la batalla:
verías sólo el recuerdo de lo que fue su forma,
un espejismo de aire.

Te asaltará una pena
que pesará en tu pecho más que su cuerpo antiguo,
más que el aire que abrazas
bajo esta noche oscura de la muerte.

Será la conmemoración de los despojos
que noviembre ha dejado con sus flores heladas
sobre una luz tan fría que recuerda al acero.

¿Persiste su recuerdo
o es sólo ese residuo de rotación y tránsito
que en el borde cansado de la tarde,
flota sobre el arroyo y vaga por el soto,
por la reminiscencia de las regiones póstumas?

Qué lugar tiene a Anquises, preguntabas,
en qué hondas vecindades sigilosas
vive su silenciosa mansedumbre.

Y ahora lo has comprendido, cuando después de verlo,
después de hablar con él
del álgebra implacable de los días,
te ha abierto las dos hojas de las puertas del sueño:
Cualquier isla es su tumba cuando llueve,
cuando la lluvia pone su máscara piadosa
en la grisalla dura del invierno en el mar.

CERCANO COMO UN PÁJARO

*Y donde hay un almendro hay un poquito de luz que es un temblor.
(José Antonio Muñoz Rojas)*

El viento trae de pronto,
de un tiempo que no es suyo,
esta luz de equinoccio que viene del futuro
a calentar el aire en la tarde de enero.

Un aire en el que crecen las raíces del pájaro
que cantará secreto en las frondas de mayo
desde la transparente prehistoria de su vuelo.

Y el aire iluminado
en el limpio cristal del horizonte,
el aire aún transitado por la estirpe del buitre,
herido todavía con un hielo de grullas
y de frutos leñosos de los bosques de invierno,
presagia ya otras tardes en la piel de la roca.

Tardes para la jara, con su dolor blanquísimo,
o el cárabo en el tibio tronco, en la conjetura
que no contiene el día, en el aire que agita
la silueta veloz de la abubilla en vuelo
y el color encendido de los abejarucos.

Y en donde acaba el aire, el lugar de la mantis,
su acecho camuflado entre la hierba,
el sitio del reptil y de los ciervos jóvenes
que ven crecer la muerte en su mirada púber.

El final del paisaje es la luz habitada
por el tímido sol de esta tarde de enero
donde deja su huella caliente la mirada.

Esta tarde la vida se parece a este gato
que duerme ajeno al tiempo detrás de la ventana,
consciente de sus límites, tranquilo en su frontera.

LUGAR PARA EL NAUFRAGIO

Ya es bastante no naufragar en el silencio propio.

(Jacobo Cortines)

Ahora fluye la noche y su estridencia.

Sobre arcillas porosas crecerá transparente
la flor de la tristeza, que deja desolado
el círculo infernal del corazón.

Y vosotros, que estabais, igual que en un conjuro,
sentados en el fondo de la desesperanza,
en la raíz del barro,
en la pura frontera del lugar de la piedra,
sabed que el que buscáis, el que anunciaba el trueno
ya no soy yo. Que aquel que vais buscando
habita en el pasado confuso de la ortiga.

Todo es compás ahora: las ruinas venerables,
la estela despreciable de mi vida,
la noche con centellas, las injuriosas tardes
y su agria luz de otoño, estrecha y baja.

Esta luz que es ahora menos alta
que los sueños del hombre más humilde
y la húmeda aspereza de sus frutos leñosos.

La corriente imparable del crepúsculo
pondrá ante vuestros ojos
la nave del proscrito, su esperanza de incendios,
la tempestad, las mieses, los jacintos.

Una ciencia inferior escrutará en las vísceras
el umbral presuroso de la noche
y su agujón de frío, su silencio de peces
penetrará con ritmo de diástoles oscuras
bajo las articulaciones del hueso y las palabras.

ALGUIEN CANTA EN LO OSCURO

Surge de nosotros algo que ni sospechábamos que estuviera allí.

(C. Milosz)

Alguien canta en lo oscuro,
en la niebla encendida del camino,
detrás de un decorado de antorchas y relámpagos,
o en la turbia vigilia de las naves,
como canta la noche en el pulso del río
el ritual antiguo de su agua pasajera.

Si la maga convoca en sus ojos cansados
a los profetas ciegos,
al dios de los ahorcados,
el silencio le pone
un pájaro de sombra en la garganta.

La fuente genital de las mareas
devolverá a la orilla
el refluo insondable de los sueños,
las olas del recuerdo, los mares del enigma,
los desolados mares de la luna
y el ave invertebrada de la fiebre
donde giran los astros sin nosotros,
sin límites ingravidos.

Recuerda a la sibila:
sus palabras confusas las dispersaba el viento
y luego hacía con ellas
hojas de un almanaque caprichoso
que la lepra del tiempo y la memoria ordenan
en un desorientado lugar del corazón.

RUIDERA

No, la luz no se acaba, si de verdad fue tuya.

(Eloy Sánchez Rosillo)

¿De dónde brota ahora
el agua escalonada?

¿De qué azul repentino
sobre el amanecer de los pinares,
el verde aún aterido de las aves
y su silencio quieto?

La estela del verano recién inaugurado
junta su transparencia
a esta luz tan callada que crece con el canto
completo de los pájaros.

Su tregua de belleza
en la tregua de luz de la mañana.

UN OSCURO SILENCIO

y queda sólo un pozo en el centro de la tarde.

(Julio Martínez Mesanza)

Es apenas un vuelo,
una nube que pasa y pesa en la garganta
igual que va el aceite por la angustia.

No es más que ese calor que atraviesa la frente
como un pez repentino,
pero antes que en la luz se nota en un oscuro
silencio, en un vacío
del aire, donde flota
el pájaro inseguro de la tarde que muere.

Ahora entiendo a los hombres y su pánico antiguo
al contemplar la muerte de la luz tras los montes
como su propia muerte. Como el final del mundo,
el instante callado del final de la tarde.

En esta hora confusa de la luz que enmudece,
en esta incierta hora de la luz y la vida,
en la noche sin barcos.

NOCTURNO EN LA CIUDAD

Como un papel de otoño en el asfalto.

(Félix Grande)

Como un extraño miro la lluvia en la ciudad
a oscuras y desierta.
Y no la reconozco.
No veo en ella otras calles
que las que ciega el tiempo y el recuerdo diluye.

Paseo por las torvas provincias de la sangre,
por las desolaciones
de este siglo que se alza
sobre siglos de horror impronunciable.

Como si no supiera
que esta lluvia tan lenta,
que esta niebla insistente que nos habla en voz baja,
que persiste en posarse delante de nosotros
como un pájaro herido
amansará los campos,
para la siembra, sí, también para el que entierran.

Como si no supiera que somos la ciudad.
Que, oscuros y desiertos,
aún somos esta lluvia
que cae sobre los muertos y sus ojos cerrados,
esta niebla insistente que empapa la memoria
como un paño de olvido.

Que prosperan las hierbas
malas y los vencejos.
Que vendrán otros años
y el sol de los veranos no arderá en nuestra cara.

VOCATIVO SINGULAR

*los muertos y los muertos y los muertos,
surgentes, naturales.*

(Luis Rosales)

Te lo advertía tu padre al final del verano,
cuando agosto ponía las primeras tormentas
por un sur de relámpagos, detrás de las montañas,
y silbaban los trenes de la estación remota.
Sonaban sus bocinas como un lamento negro,
bajaban al hollín que había en la chimenea:

*-He soñado esta noche
con mi padre – decía-.
Le veía y me hablaba
como te hablo yo ahora.
Si sueñas con los muertos, es que vienen las lluvias.*

Y tú entonces soñabas con muertos muy lejanos,
con toreros antiguos o con antepasados
a los que nunca viste,
con muertos cuyos rostros conocías de lejos,
en fotos color sepia o en los cuadros antiguos
que el sol iluminaba cuando caía la tarde
en la penumbra tibia de la casa.

Hoy te sigue pasando:
al final del verano y anterior a la lluvia,
se pasea por tu sueño un triste mensajero
que viene de otro tiempo,
de una nada con nubes que arrastra el suroeste.

Pero ahora ese tiempo es reciente y los rostros
son cercanos: amigos,
familiares que vuelven
más jóvenes y enteros para anunciar la lluvia.

Cuando hablan sin nostalgia usan para llamarte
un suave vocativo singular y doméstico
y en su penumbra ignoran que vienen temporales.

En ese vocativo hay algo que te llama
más allá de tu nombre y de tu tiempo frágil.
¿De qué lugar oscuro del corazón de un muerto?

MORFOLOGÍA DEL RECUERDO

Et depuis c'est toujours le même jour, le jour au souvenir incrusté...
(Henry Michaux)

La cadencia de espejos que inventa la memoria
tiene en su azogue turbio el don de la serpiente
y en sus manzanas arden las sílabas de oro.

¿Dónde –te preguntabas- se forman los recuerdos?
¿En dónde el amarillo persistente
de sus fermentos agrios
para anunciar la luz funeral del otoño?

En la decoración sonora de la tarde,
en donde el viento anota su polvo sucesivo
y el sueño disimula su vocación de sombra.

Donde suena el vacío:
en el cráneo de un muerto,
al sur de las galernas
y en las cárcavas frágiles de los acantilados.

Y allí donde madura
en su sombra de víboras
el fruto subterráneo de la envidia.

Como un arte de pájaros en la selva de sombras,
en las conminaciones de la noche
la eficacia perversa de la sangre
es la turbia frontera que no viene en los mapas.

Miras ahora la bóveda sonora de la tarde,
ves cláusulas de vidrio en la germinativa
fugacidad del barro.
Allí el recuerdo traza
el vivo autorretrato confuso de la niebla,
su cambiante perfil de silencio y de frío.

Bajo otra oscura luz, en otro sitio
inocuo como el día sumario de las vísperas,
naufra en la tercera declinación del mundo,
en donde la superflua condición de la escama,
en los ceremoniales confusos de las lámparas.

Y hay noches numerosas en estrellas y penas,
con torpes posesiones de ceniza,
con la moneda falsa del recuerdo
ya sin curso legal ni luz donde posarse,
clandestina y sinóptica en sus despeñaderos.

CREPÚSCULO ESPAÑOL DE CASANOVA

*Hay tanto adiós delante de tu rostro.
(G. Schehadé)*

Cae la tarde amarilla, se va precipitando
la sombra tras las copas espesas de los pinos.
Y estos paisajes hondos, este otoño de viñas
me hablan muy lentamente del final de la hoguera,
de estas brasas que huelen a una dulce tristeza.

Me consuela la calma que tiene el campo ahora.
Me miro en el silencio interior del crepúsculo
y en el agua del río,
en el agua que corre somera y transitoria,
oigo hablar a los muertos que fueron mis amigos.

El final de la tarde, con esta luz serena,
con esta mansedumbre de las convalecencias,
me entrega su piedad a la hora del espanto.

A esta edad la Fortuna ya no mira a los hombres:
mi equipaje es un hueco, un baúl de extravío,
lo que saldan las horas, un bagaje de humo
que pesa más ahora que cuando estaba lleno.

Mira otra vez. Quizá
solo es esto la vida:
Un túmulo de arena al sur de la ventisca,
la estatua indiferente en donde posa un pájaro
su frágil tiempo de aire,
la sombra del caballo contra un muro de agua.

Sí. Quizá los minutos, como las caracolas,
son huellas del cristal sobre la nube,
el péndulo marino que duerme en las campanas.

Tal vez la vida sea más un lugar que un tiempo.
Un lugar que confunde la máscara y la piedra,
la vigilia y la lluvia, los días y los nombres
en la hora de la esfinge y las inundaciones.

Tal vez la vida es esto:
la voluntad de nieve que hay en las pesadillas,
el espíritu áspero de una emulsión de lodo,
un incendio que sube por el acantilado,
cenizas y pavesas sobre las olas verdes,
la confusa blancura de las constelaciones.

Quizá sólo sea eso lo que la vida quiere:
fluir y atravesarte
como un inconsistente apócrifo del viento.
Mis ojos sólo miran el lugar de su ausencia.

MAREA LLENA

*Y también los días que creíamos que nunca nos
llegarían, están aquí ya.*

(K. Rexroth)

Un día, de repente, vemos subir el mar.
Vemos que la marea que habíamos olvidado
ha empezado a subir hacia nuestra precaria
consistencia de arena.

Estábamos dormidos y nos sobresaltaron
verdemente las olas
con su amenaza de algas, su furia de ceniza.
Pero el pánico blanco de la espuma imparable
ya no nos precipita.

Tras el primer temblor miramos a lo lejos
y hay una levadura de dulce mansedumbre
brillando en la tristeza corporal de las olas,
en la respiratoria cadencia del reflujo,
perdiéndose en el cielo como el pájaro tímido
que es entonces la tarde de las velas latinas.

Y ahora el verano ofrece carnal al sol del tiempo
su desolada sed esbelta de palmeras
en donde el quinto viento furtivo da la vuelta.

Mientras en una orilla oscura y cardinal
un corazón se pudre sin rencor ni esperanza
y va inventando un barco que vaya a ningún sitio
y flote sobre el tiempo mientras estemos vivos
con el temblor secreto de las cristalerías.

La muerte, poco a poco, se ha parado en la orilla.

APÓCRIFO DEL VIENTO

*Dondequiera que esté soy aquello que falta.
(Mark Strand)*

Para darnos noticia de una oscura epidemia
que aún no tiene nombre pero incuba en la lluvia,
ha venido a llamarnos un ángel de silencio
desde el fondo abatido
de un futuro sin rostros ni nombres familiares.

Desde la noche baja un oscuro rumor
sereno y transitivo,
un fulgor que se apaga antes de que se pose
la mariposa frágil de la vida,
la bestia que se cierne agazapada
como una amarga flor de invernadero.

Proyecta el material opaco del recuerdo
en la rosa de abril y su luz amarilla
o en el incendio en tardes de agosto sobre el mar.
Escribe el alfabeto azul de los veranos
y un jardín extranjero inunda la memoria
con el olor dulzón del aligustre.

Vendrá con la pericia de un animal salvaje,
subirá del residuo, del tedio de los viudos,
desde la indiferente mirada de la iguana
para ser en la herida la sal de la memoria,
la movilización de la desgracia, el compás del metrónomo
en las sordas canciones calcáreas de la arena,
la módica presencia que ocupa cada noche
su lugar en el libro apócrifo del viento.

Dejará su esqueleto:
las vértebras, el fémur,
el cúbito, la noche.

Aún no tiene nombre.
Su nombre es el del número
de los días nefastos.

ISLAS EN BAJAMAR

*Y que más alta música te saque
al fin, tras dura prueba, a mar de luz.
(A. Colinas)*

Tú, que en el fondo sabes
que no pueden durar
estos días tan blancos frente a un castillo en ruinas,
igual que los sedientos,
apura bien la luz de este verano
que volverá amarillos a mitad de septiembre
los contornos difusos de la costa.

Mira en la lejanía
cómo ella se divierte
al borde de la arena,
al final de la isla que en bajamar emerge.

Mira cómo disfruta
ajena a todo, fija
sólo a este pleno instante de la luz, y a los vuelos
de los pájaros blancos,
feliz mientras navega
por este mar, hoy manso,
sobre estas aguas limpias
de las que saltan peces.

Y ella emerge también
con su sonrisa entera
como los peces rápidos,
como la isla de arena
que en bajamar espera
nuestra sola llegada.

No durarán los días,
pero qué intensos fueron:
qué luz de mediodía
en su mirada verde,
en sus ojos qué islas
alegres de gaviotas

Las dos notas de un pájaro
no se las lleva el viento.

LA LENTITUD DEL PÁJARO

Se ha detenido un pájaro en el aire.

(Octavio Paz)

Nos salva cada tarde
la lentitud del pájaro,
sus dos notas aladas,
el hueco que en el aire
va dejando su vuelo.

La breve levedad de su memoria,
su intuición del espacio,
la inconsciente mecánica instintiva
que le dicta la luz,
la inconsistencia
del aire elemental en el que flota inerme
son acaso
la verdadera cifra de todo lo que vive.

Como una flor escueta, ese vuelo amarillo
regresa cada tarde
con su clave secreta
a la cadencia roja de la luz que se muere
bajo el ángel tendido del ocaso
y al incendio lejano de su espada de fuego.

Cada tarde nos salva
su lenta levedad en el espacio.

EN EL LUGAR DEL AIRE

*Tu lugar es el aire y el pasado.
(F. Benítez Reyes)*

Un ángel submarino que lentamente emerge
de la materia oscura de la tarde
trae el temblor amarillo de la luz en septiembre
con el oro secreto de los sueños antiguos

Y mientras se consume la luz que ya no pesa
en las uvas maduras de la tarde de otoño,
¿dónde hallará una rama la fatiga
de ese pájaro frágil y su leve esqueleto,
para posar su vuelo en un espino?

En donde el vuelo negro
de un recuerdo lejano
se habrá posado antes
el silencio redondo del crepúsculo.

Sobre el árbol y el pájaro
irá entrando la noche
con el paso inseguro de una escala secreta.

La noche del sentido
bajará por sus plumas en reposo,
a enmudecer su canto,
al fulgor del silencio
que flota sobre el río.

Allí revolotean confusos los murciélagos
con la torpe insistencia de su vuelo redondo.

Porque la nueva luz, al día siguiente
borrará este temblor
y a quien soñó esa tarde
anterior a la noche
completa de su muerte.

POR LA CALLE DEL AIRE

*Que hay un silencio último
más allá del silencio de la noche.
(César Simón)*

Vienes por una calle
de fuentes y raíces.
Vienes por una calle
de piedras y de nubes,
de luces verticales,
de la fecundidad
del viento entre las viñas.

Yo vengo de una noche
de azules conmovidos
por la emoción del pájaro
que llegaba del frío
con el dolor de un lento
goteo de las horas.

En una orilla tú,
que vienes de los ríos
vegetales del fuego,
de los astros en giro.

En la otra orilla yo,
cercado por la oscura
ausencia de los huertos,
por el eclipse opaco
de la luz en la sangre.

Por donde no va nadie
vienes tú como viene
el silencio del sol,
su promesa caliente.

¿Te acuerdas? Donde estábamos
el tiempo era en el agua
un transcurso callado,
una corriente oscura,
un soplo de silencio.

En la calle del aire
la bajamar del tiempo
desemboca en el túnel
ingrávido del sueño.

PERSISTENCIA DEL HUMO

Vuelvo a quedarme a solas con lo que ya se ha ido.

(J. M. Caballero Bonald)

Como en esos billetes de un tren que ya no existe
el azar nos devuelve
el esplendor dorado de otras tardes
para herirnos de pronto
en las páginas viejas de un libro.

Igual que esos billetes que no tienen sentido,
porque el tiempo ha borrado la tinta fragilísima
que un día fijó el apremio preciso de la hora
y su minuto exacto,
también el tiempo borra
tras el humo picante de esos trenes
no sólo los paisajes donde fuimos felices,
difumina la urgencia absurda del trayecto,
caduca en el desvelo de todo lo que muere:
un volcán o una isla,
la tapia de un jardín con madreselvas,
el contorno del tiempo que va desdibujando
la niebla de la tarde,
una niebla de barco remoto en el infierno.

Con el humo se aleja
el módico contorno de esas tardes,
su secreta razón, su indiferencia
lívida y destemplada,
como un amanecer en los suburbios
de la ciudad oscura y sus días laborables.

Somos nuestra memoria en un paisaje
contra un fondo de torres. Eso somos nosotros.
Somos los que se están yendo
y los que ya se han ido.
Y somos más aún: somos lo que olvidamos.

Y ahora sólo nos queda
un estertor de trenes por túneles oscuros
y ya sólo persiste su voluntad de herirnos.

UN MAPA O UN MENSAJE

¿Dónde la nada acopia su marea?

(Carlos Marzal)

Dejas a tus espaldas la suciedad, las sombras,
la turbia destemplanza matinal de la niebla
en la ciudad fenicia.

Y vas al protocolo de la liturgia, al énfasis
de estos perfumes blancos que el sol va calentando,
a las encrucijadas de la marea creciente
que lleva en la botella opaca de la vida
un mapa o un mensaje.

El nadador reposa fatigado
y mira la imprecisa fuga de aire y salitre
que trae el viento del mar
desde el desdibujado horizonte sin velas,
por el agua salada del olvido.

Sobre ella escribo ahora, en la Caleta
de Cádiz, una tarde de agosto, entre dos faros
por los que entra la noche.

Bajo una intransitiva destilación de sombras,
en el silencio verde que los submarinistas
comparten ya a esta hora con los muertos.

EL EMPLAZADO

La vida es tan misteriosa como ese jinete

(J. Carlos Llop)

Huye desde hace tiempo.

El pánico le lleva,
el centro de la rosa alquímica le indica
un lejano horizonte de guadañas
y el caballo que monta recuerda otro caballo,
el delgado emisario de la peste.

Va hacia una fuga azul de precipicios
y acequias con antorchas,
a donde el tiempo inclina la escala de las horas
y el viento en la centella,
la vibración secreta del arenal sediento.

Mientras ese caballo
recorre en su ceguera circular las callejas
de un viejo laberinto,
mientras salta tenaz las barricadas,
los mastines conocen
sus ojos desbocados,
saben que en su retina
posan algunas noches su extravío
como pájaros negros
el azufre del trueno y el corazón del fruto.

CERTERA LUZ

Estos momentos breves de la tarde

(F. Brines)

El otoño maduro de los huertos
fermenta en las higueras en sombra de la tarde
con la paciencia antigua de los ciclos solares
y a lo lejos el agua arde en el campo seco.

Una certera luz
que hierde al que recuerda
con sus aristas de cristal ardiente
baja desde las altas banderas del crepúsculo
a posar su fulgor en la granada de oro,
a encender las hogueras con su antorcha de nieve.

Detente, caminante,
reposa en esta calma callada de las viñas
que aún guardan en sus frutos
el sol de este verano.

OSCURA PRADERA

Una oscura pradera me convida

(J. Lezama Lima)

Esta sonata oscura de noviembre...

Está en calma la casa, sosegados los cuerpos
mientras rodean el aire con su tenaz insomnio
los últimos murciélagos
y ves iluminarse la presencia encendida
de la mano invisible que sostiene la lámpara.

Por las lámparas rotas va sangrando el aceite
en la hora de la víspera que palpita cercana
allí donde se cumple
la oscura vecindad de la alimaña.
Y la vida fracasa como una historia endeble
en manos de un autor sin experiencia,
como el desaliñado desenlace
de un cuento mal trazado
-con furia y con ruido-
por la torpeza de su autor, que lo resuelve
sin maña y sin oficio
con un precipitado final inexplicable.

En el largo minuto de la piedra,
en el tiempo –tan lento-
que crece en la raíz verde de la obsidiana.

El viento sobre el muro, la numerosa hechura del dolor
es el aceite espeso donde se ahoga la noche
como una mariposa torpe y desorientada
y flotan los recuerdos mientras revolotean
con terquedad insomne los murciélagos.

GALOPE FRÍO

Y corre en la llanura un caballo sin término.

(J. Ángel Valente)

He quedado esta tarde con mis huesos,
con mis doscientos huesos y pico que aún sostengo,
para irlos repasando uno por uno
en el centro del bosque y en silencio.

Para limpiar las huellas que el tiempo ha ido dejando
en su materia frágil, en la médula misma,
en donde duelen más los días que se han ido.
Donde espera la nieve
un gólgota de huesos olvidados:
la escápula, la pelvis, los fémures, las vértebras...

Hay tardes como esta
en que me gustaría
vivir en la frontera
lateral de mi historia,
abdicar de los días y la carga severa
que arrastra aquel que cumple una condena
a conciencia perpetua del pasado.

Depongo hoy la palabra,
la torpe latitud de la memoria,
el húmero, los libros
bajo la luz escasa de noviembre.

Me quedo para siempre
en la herrumbre del signo
que trazan en el cielo,
indiferentes, lentos,
helados, los planetas.

ENVÍO

Para M^a José Flores son los versos recortados y vegetales de *Ruidera*.

Hijo de Anquises es para José Tato, por su generosidad lectora.

Para Enrique Cidoncha es *Cercano como un pájaro*, el más visual de estos poemas.

Para Francisco Javier García, que se salva con Benedetti, es *Galope frío*.

Para Marito, in memoriam, es *La lentitud del pájaro*, que le dio algún consuelo en sus últimas tardes.

Cementerio alemán es para José M^a Jurado, en correspondencia.

Pablo Guerrero es el dueño de *Por la calle del aire*, que escribí para que le pusiera música.

Rosalía está, con su sonrisa incomparable y su valentía, detrás de este libro, pero sobre todo en esas *Islas en bajamar* que recorre en su emergencia atlántica y matinal.

Esta obra ha sido creada en formato electrónico (pdf) para ser distribuida por Palabra Virtual con la autorización de su autor.



Antología de poesía iberoamericana

<http://palabravirtual.com>